

la «Em New Berdford», y en uno de los últimos libros de Eugénio de Andrade, *O Sal da Língua* (1995), puede leerse: «Era en New Bedford: un barco / partía hacia Nantucket. / Tiemblo fascinado por el desierto / blanco de ese nombre. / Melville, Moby Dick, el mar – de pronto / todo arrancaba de aquellas sílabas; / un mar feliz de cachalotes coronados / por chorros de espuma, / las nupcias del toro blanco / con la ballena azul / en el manso prado de las aguas, / la misteriosa fuente de la alegría, / los saltos hacia el sol, el canto / hondo, la valentía, el ardor / entre hombres y ballenas. Era también / la muerte. La muerte nunca es limpia. / La muerte crece en la oscuridad, / se propaga en el aire, entra por la nariz. / Sólo el desierto es blanco; / la muerte no; sólo el mar.» Como ocurre tantas veces, el poema relata su origen, las circunstancias de las que nació. Primero registra el nombre del lugar que lo origina; después indica el destino del barco contemplado y la referencia al estremecimiento evocativo que el nombre de ese lugar, pronunciado interiormente, provoca en el poeta. New Bedford, centro de la industria ballenera a mediados del siglo XIX, y Nantucket, a donde inicialmente se dirige el Pequod, la ballenera del capitán Ahab, son nombre con resonancias mágicas para un lector de Moby Dick e indefectiblemente asociados a la extraordinaria novela de Melville. Sigue la evocación deslumbrada y jubilosa del poeta sobre pasajes, episodios e imágenes de la obra de Melville, en la desmesura y la complejidad de su riqueza simbólica y alegórica, suscitadora de infinitas lecturas e interpretaciones. Pero el poeta no destaca o evidencia solamente el hecho de revivir su antiguo deslumbramiento, la experiencia de lecturas y relecturas guardada milagrosamente en la memoria. Sino que, por encima de todo, es un ejercicio *crítico*, allí donde muchas veces los poetas, los creadores literarios, con su intuición y entrega al deleite desprevenido de las obras, dejan atrás a los *profesionales* del comentario crítico. Otro aspecto a destacar del texto tiene que ver con el carácter *gnómico* de su parte final, centrada en la muerte. Eso nos recuerda, por un lado, que la vertiente reflexiva no está exenta de una poesía que habitualmente privilegia los sentidos en su relación con el mundo; y por otro, que la solidaridad a la que tantas veces se asocia la poesía eugeniana está ensombrecida por un hondo y grave sentimiento de melancolía.

Y tras detenernos en el diálogo de Eugénio de Andrade con dos gigantes de la literatura norteamericana del XIX, el que destacó como poeta y el que dominó la ficción narrativa, pasamos al diálogo que el portugués mantuvo con dos figuras cimeras de la poesía modernista americana, William Carlos Williams y Wallace Stevens. Eugénio de Andrade convoca al primero en «Verdade poética», un poema de *O Sal da Língua*, como el autor de «The sparrow», su hermano en la estética de la *porvertà*, contraria a los lujos y amiga de las cosas sencillas: «Cuántos años hace que estás ahí, en la era / o en el tejado, arañando / el pan difícil de sol a sol, / aceptando las migajas de nuestro corazón, / compartiendo entre el polvo / la cama de nuestra oscura condición; / hermano de lo libidinoso y romano / pájaro de Catulo en el seno / de Lesbia ; siempre / a nuestro alrededor, más verdad poética / que criatura natural, como un poeta / americano dijo del gorrión. / Hoy es un portugués nada orgulloso / de serlo el que te abre las puertas / del poema y te invita a entrar, / pues no hiciste de tu canto un lujo / ni traficaste con el bien común, / por eso como los chavales de la calle / descubres el gusto por la vida / hasta en un charco de agua sucia.» La memoria literaria es una red intertextual de múltiples direcciones nos recuerda este bellissimo poema. La contemplación de un gorrión, el más común de los pájaros, luchando humildemente por la vida, activa la memoria literaria del poeta, y pone a su disposición dos ejemplos que apoyan la tesis desarrollada en el poema sobre una *estética* que es una *ética*, apoyada en la sencillez, en la claridad y en el rechazo de todo lo que sea ostentación vacía. Uno de esos ejemplos proviene de la Antigüedad Clásica, de Catulo, expresamente nombrado en el poema, y por la síntesis que se ofrece, se trata del poema de los *Carmina* cuyo primer verso es «Passer, deliciae meae puellae»⁸. El otro proviene de un poeta americano, dice el texto sin nombrarlo, y el lector mínimamente familiarizado con la poesía norteamericana lo identifica con un poema de William Carlos Willaims que aparece en muchas antologías, «The sparrow», además de la indicación incompleta en la nota del final del volumen. Citando un pasaje de los versos ini-

⁸ Catulo, *Poesías*, ed. y trad. de Victor José Herrero Llorente, Madrid, Aguilar, 1967, p. 38.

ciales («This sparrow / who comes to sit at my window / is a poetic truth / more than a natural one»), Eugénio de Andrade subraya, después de haberlo hecho ya en el título, un punto muy importante de su poética: la verdad que le interesa es la verdad poética, en conformidad además, con un principio enunciado en otro poema del mismo libro, por el que «la poesía es la ficción / de la verdad.»

El diálogo con Wallace Stevens se encuentra en «A pregunta de Stevens», de Ofício de Paciencia (1994): «Traedme el río hasta la puerta. / Dejadlo conmigo este verano. / Viene de tierras tristes. Tierras / difícilmente el girasol / volverá a florecer, el tordo a emparejarse. / A pesar de fatigado, sueña / con la resurrección de las cigarras. / Pocas cosas ha habido en el mundo / tan hermosas como un río. Ahora / ni refleja ya la sombra de las garzas. / En vez de la muerte, ¿qué tendremos en el paraíso?» El poema presenta un desafío al lector: saber en qué poema de Stevens se encuentra la pregunta a la que se refiere el título, y supuestamente, corresponderá a la pregunta que encierra el poema. Para su cabal interpretación es indispensable conocer el texto con el que entra en diálogo. No hay ninguna nota indicativa, y el lector no familiarizado con la poesía de Wallace Stevens ha de entregarse a un razonable esfuerzo de búsqueda. Por otro lado, es algo que la literatura y el arte ha exigido a lo largo de los siglos a aquellos que quieran sacar de ellos el máximo *provecho*... El texto en cuestión se titula «Sunday morning», y se encuentra en *Harmonium* (1923). El poema –uno de los más complejos de un poeta que tampoco es fácil– vive del efecto retórico de las preguntas a un personaje femenino sobre el «paraíso», la «tierra», la «muerte» y la «belleza». Las preguntas son varias, y no solamente una como se podría desprender del título del poema de Eugénio de Andrade, aunque en lo esencial giran todas alrededor de la misma cuestión: por un lado, el «deseo de una felicidad imperecedera»; y por el otro, la aceptación de lo que la vida nos concede, el reconocimiento de que «la muerte es la madre de la belleza», como se repite en dos estancias del poema. La lectura del poeta portugués, que coincide esencialmente con la dominante en la exégesis stevensiana, afirma los valores *terrenos*, los de la inmanencia, con relación al dilema presentado, es decir, al subrayar que no tenemos más

que la «muerte», pero que ser conscientes de ello hace que demos más valor a la «belleza». La inquietud de las preguntas del poema de Wallace Stevens sintoniza con la que podemos percibir en varios poemas de los últimos libros de Eugénio de Andrade, y aparece en el espacio recurrente de su poesía mediterránea, el de una plenitud ahora desaparecida y que ilustra, a pesar de los sueños de «resurrección», nuestra finitud.

Como hemos visto, un día Eugénio de Andrade expresó la voluntad de que dos de los autores aquí estudiados que entraron en sus poemas, Whitman y Melville, se sintieran bien ahí. No hay duda de que así será, y también con los otros dos temporalmente más próximos a nosotros. El que los convocó y los acogió entre sus versos es un poeta cuya grandeza el tiempo no dejará de confirmar. También estamos convencidos de que su diálogo con los autores norteamericanos nos ayudará a entender mejor la verdadera dimensión de esa grandeza ©

